

Premio Nobel de Literatura 2014

Con Modiano un café

Edgar Esquivel

“A veces se te oprime el corazón cuando piensas en las cosas que habrían podido ser y que no fueron”. En *En el café de la juventud perdida* Patrick Modiano (Boulogne-Billancourt, 1945) provoca, con una serie de acontecimientos en torno a una mujer que huye, Jacqueline Delanque, referida como Louki, que la nostalgia caiga como aluvión. La escenografía de esta breve novela es sospechosa, hoy, de sostener un cliché mayúsculo, pero es cierto que no todas las veces fracasa esa condición. Una mujer joven y atractiva que busca asilo espiritual, un mítico café, una ciudad decadente —no cualquier urbe, sino París—, tardes soleadas, noches perfectas y un reducido muestrario de aventureros y liberados, profesionales del ocio y el extravío, conviven en un lugar y una era que exalta la fidelidad a la juventud y el reto a la vida vulgar de temores impuestos que no es finalmente la verdadera vida.

“Si toda aquella época sigue aún muy viva en mi recuerdo se debe a las preguntas que se quedaron sin respuesta”, dice uno de los relatores. Louki encarna la actitud y el espíritu de esa etapa de posguerra. Pero si era la única persona interesante, ¿qué se sabía en realidad de y por ella? Los pocos testigos del drama que empieza y termina con Louki son refugiados de un café de barrio, el Le Condé, que rememoran también sus vidas carentes y omisas a partir del espacio que ocupó ella, dama fugaz, en ese sitio que se aísla del tiempo y en ocasiones hasta de lo real, pero además en su existencia, aunque ninguno de ellos supo qué y por qué ocurrió el desenlace. “Te lo puedes inventar todo. Una vida nueva”. Louki sabe de rupturas, por eso decide salvar su presente sin rodeos. ¿Dónde más que no sea la frontera de la ausencia total se puede contar su historia? No hay Apocalipsis a la vista

pero en el mundo avanza una sombra con mezcla de conformismo y desencanto, la “grisura de la vida”, que se cierne sobre las conciencias y las costumbres.

La memoria es un caleidoscopio que agrupa puntos de referencia, de partida o llegada, para no perderse en las “zonas neutras, esas tierras de nadie”. Y si semejara un barco, esos referentes que la esculpen son esencialmente anclas que lanzamos al oscuro mar del pasado. Claro, por más que fijemos un blanco no se ve, no vemos nunca, por soberbia o embeleso, el lugar donde se entierran o atoran, pueden incluso no sujetarse. El recuerdo exacto es un canto de sirenas, de igual forma que la literatura es la versión lúdica del olvido: el juego consiste en tratar de capturar momentos y significados —demostramos por sentado que hay distintas maneras de vivir— para invocarlos a destiempo, de algún u otro modo, según la necesidad o el capricho. Nos evade la memoria, quizá por ello nos ilusionamos con la posibilidad de revivir imágenes, ros-

tros, sensaciones. Es costumbre ser desleal al presente y escamotearle honor al futuro mientras nos obsesionamos con endilgarle hitos a un elusivo pasado. Pero tampoco nada nos impide ser desafortunados al prender y tensar una evocación: el recuerdo es una trampa, una regresión, no importa qué tan glorioso o desgraciado haya sido el suceso. Para conocer un inventario básico de los arcanos del alma basta repasar los temas que son reincidentes en aquellos escritores que son además constructores y protagonistas: ausencias, tragedias, locura, dolor, deseo, ambición, felicidad, sueños, traiciones, lealtades, pasiones, fortuna, azar. O los grandes temas: libertad, justicia, fraternidad. Todos percutores de la memoria. En ese trajín el oficio del memorioso que narra debe “tener por delante la línea del horizonte, allá, hacia el infinito”.

Ya sabemos que no hay que entender nada: “cuando de verdad queremos a una persona, hay que aceptar la parte de misterio que hay en ella... Porque por eso es por lo que la queremos...”. Louki es bella, frágil e inaprensible, joven mujer recaudadora del temporal que proviene de la calle y del trato efímero con un hato de desconocidos que sin meditarlo extienden el carácter laberíntico de una ciudad. París no es un molde, sino sólo una sugerencia, puesto que no hay ciudad que no sea compleja ni tampoco que no sea propensa a espetar códigos cifrados, tantos como hay placeres y pesares. Jacqueline Delanque, curiosa a la deriva, ausente y esotérica, surca aceras, bares, cafés y rutinas. El resto, entonces como ahora, tratamos de comprender las relaciones que se amparan en el anonimato y el abandono de la identidad, pues quizá no hay mejor vínculo que el que se hace con personas que prometen desaparecer pronto. **U**

